"EL VICARIO" DRAMA SACRILEGO

POR CARLOS EDUARDO MESA

EL 20 de febrero de 1963 se representó en un teatro de Berlín un rama titulado "El Vicario", referente a Pío XII y a su actitud frente la política de exterminio de los judíos practicada por el régimen hitlerano.

El autor es un joven de treinta y dos años llamado Rolf Hochhut; la ra en su redacción primitiva tiene doscientas páginas de diálogos, dge cuarenta y dos personajes y una representación que duraría siete oras largas. Pero el fundador del teatro popular alemán, Erwin Piscator, ntusiasmado con una obra que él considera "teatro de Confesión" y rama total para un teatro total", elaboró una adaptación y condensaión del drama reduciéndolo a diecisiete personajes y a tres horas y nedia de duración.

Autor y adaptador han declarado que en el fondo se atienen escrupuosamente a la realidad histórica; si bien ejercen el derecho de libre reación propio de toda obra artística. Cinco personajes son históricos, ntre ellos Pío XII, que es el protagonista; los demás son fruto de la ntasía y digámoslo de una vez, del odio, entre ellos el antagonista icardo Fontana, supuesto jesuita, que se enfrenta con Pío XII.

Hochhut ha querido añadir al texto cuarenta y cinco páginas de anotaciones históricas con la pretensión de demostrar que su reconstrucción dramática se basa en documentos oficiales, ya publicados, y en declaraciones de personalidades contemporáneas que trataron en la intimidad a Pío XII. El autor ha dicho que quiso escribir una "tragedia cristiana" que así puede llamarse por el personaje dominante y porque los valores cristianos y los hombres que los encarnan hubieron de enfrentarse con una terrible coyuntura espiritual e histórica.

El argumento podría resumirse así: Ricardo Fontana, joven jesuita, se entera, en la nunciatura de Berlín, en 1942, de los planes de exterminio contra los judíos, entrega su sotana y su pasaporte a uno de ellos para que huya a Italia y finalmente él mismo viaja a Roma dispuesto a hablar con el mismo Pío XII, "El Vicario", y recabar su intervención paladina y valiente en pro de la raza judía. Primeramente insiste ante el Padre General de la Compañía para que lo apoye en la demanda de intervención, ya que ésta es universalmente esperada, los nazis la temen y será la única decisiva. Por fin se entrevista con Pío XII, que se muestra sordo, glacial y reticente y que al fin redacta un llamamiento genérico a la misericordia. En contraste, el joven jesuita, que es de raza aria, pega la estrella amarilla sobre su sotana y se va a un campo de concentración en donde muere fusilado por un centinela. Antes de morir teme perder su fe, Hochhut le hace decir: "Con cada hombre que quemo -en los hornos crematorios- arde una parcela de mi fe, arde un poco de Dios..."

Hochhut lleva su aviesa intención hasta extremos insospechados: hace que el Papa se lave las manos en el escenario, recordando al gobernador cobarde de la mayor tragedia, y termina elevando una protesta contra el propio silencio divino...

Los críticos, en general, han reconocido en Hochhut ciertos talentos dramáticos: sentido del diálogo, situaciones trágicas. Pero hay exceso de clichés, de elementos artificiales, de imprecisiones técnicas, como el llamar abad al Superior de la Compañía, y, sobre todo, de fanatismo apasionado. A muchos alemanes les torturan, les oprimen todavía los enormes crímenes de la era nacional-socialista, y no hacen más que indagar con espanto quiénes fueron los culpables de aberraciones tan trágicas. Hochhut inculpa a Pío XII como principal responsable del exterminio de seis millones de judíos. Piensa que una enfática y altisonante condenación pronunciada por Pío XII a la faz del mundo entero habría detenido la brutalidad de Hitler y de los dirigentes del nacional-socialismo en su satánico programa de exterminio.

Ya otros escritores responsables o por tales estimados habían sugerido esa acusación. Albert Camus habló doloridamente de ese silencio en un monasterio de dominicos franceses. Mauriac "no disimuló su dolor por no haber tenido el consuelo de oír al sucesor de Simón Pedro condenar claramente y no por simples alusiones diplomáticas la crucifixión de innumerables hermanos del Señor...", si bien reconoce que lo hizo para evitar cosas peores. El P. Marle propone una explicación que se nos hace demasiado concesiva. Según él hay derecho para someter a Pío XII al juicio de la historia. Un papa puede tener debilidades. El Papa, al asumir la permanencia de las estructuras y de las verdades de la Iglesia, puede hacerlo a través de una humanidad personal a veces desfalleciente. Hochhut participa de la ilusión de que el Papa dispone de todos los poderes y tiene las llaves del mundo. En esta pieza se encuentra una inflación corriente del Pontificado"...

Lo cierto es que la tesis y la representación de este drama está provocando oleadas de discusiones y protestas, procedentes no sólo del campo católico, sino de las comunidades protestantes e incluso

(Pasa a la Pág. 4)

PEDRO SHIMOSE

CONVERSACION CON COSTA DU RELS

A los 73 años, el escritor ha alcanzado las merecidas cumbres de una altiva y serena madurez. Su figura señorial domina el salón iluminado por los tenues rayos de un sol tímido. Viene a recibirme. Bondadoso y cordial me da la bienvenida.

Hablamos del invierno que se va. Y don Adolfo, como todos los compatriotas hallados y encontrados en este mi vagabundaje, me pregunta cosas sobre Bolivia que yo no sé responderle porque ignoro también lo que sucede allá donde "la puna es la tristeza hecha tierra".

Antes yo había pasado por la embajada boliviana donde, naturalmente, "el señor embajador no está..." No, no sabía nada de la Bolivia de ahora. O sabía muy poco. Don Adolfo no ocultó su inquietud por la suerte de esa tierra regada de lágrimas. Le vi estremecerse mientras sus ojos se aguaron al pronunciar el nombre de la patria. En ese instante me sentí reaccionario, si ser reaccionario era amar a Bolivia como ese hombre la amaba, sin odio y con una esperanza infinita. Abandonaba sus meditaciones, don Adolfo me dijo:

--En Chile editarán "Laguna H3". Actualmente la están traduciendo en España -- Yo a mi vez inquiero:

--¿Prepara Ud. alguna otra obra?

--Tengo una novela casi terminada en la cual estudio la idiosincracia de los cateadores de metal. Se llamará "El último conquistador". Es el resultado de mis experiencias en Uyuni.

--La primera vez que vine a buscarle se representaba un drama suyo...

--Sí, "El quinto jinete" -- me responde el autor de "El embrujo del oro" mientras abre las ventanas por donde penetra París con sus resplandores amarillentos y su cielo de ceniza.

--Pero ¿a qué se debe tan extraño título?

--"El quinto jinete" es el jinete sin rostro, es el olvido, es el jinete que, en la obra de Blasco Ibáñez, no aparece pero está. Me han pedido autorización para traducir este drama al holandés, al italiano y al checo.

--Supe que Ud. rechazó un premio...

--Al publicarse mi libro de ensayos "Los cruzados de alta mar", me otorgaron el Premio Rivarol que yo rechacé al no aceptar la propuesta de nacionalizarme francés. Eso ocurrió en 1954, año en el que el MNR me exigió mi pasaporte para ser anulado.

DIRECTOR: JUAN QUIROS

La Paz, Bolivia, Domingo 11 de abril de 1965

En un intento por evadir los recuerdos amargos, le pregunto:

--¿Cuáles son los dramaturgos más importantes en la literatura francesa de nuestros días?

--Montherlant y Anouilh -- me contesta don Adolfo con acentos aún entristecidos por la evocación, luego se repone y añade -- Considero que "Becket o el honor de Dios" es una obra maestra. Me gusta mucho más que la versión de Eliot, "Asesinato en la catedral".

--¿Qué opina del teatro de vanguardia?

--Corresponde a la idiosincracia de la postguerra. Queda emparentado con la pintura abstracta y el teatro del absurdo.

--¿Considera importante la obra de Ionesco?

--Interesante, nada más. "Las sillas" es lo que me gusta más. Conozco personalmente a Ionesco. Anouilh fue quien lo lanzó a la fama. Es el único caso de solidaridad literaria que he conocido.

--¿Está de acuerdo con el teatro épico?

--No. Es otra mi concepción del arte.

--¿Cuál es el poeta vivo más importante de Francia?

--Saint-John Perse. El más importante y el más complejo...

Al despedirme, don Adolfo me entrega un ejemplar autografiado de "Amaritudine", un libro de poesía que él publicara hace quince años. Está dedicado a Juan Quirós, ese sacerdote que --según sus palabras-- "no conozco personalmente y que tanto hace por la cultura boliviana". Se terminan las palabras. Aún me queda la visión de su figura noble y venerable. Al caminar por el bulevar me pregunto sobre el significado que tiene "el quinto jinete" para el alma de ese boliviano de verás que se llama Adolfo Costa du Rels.

París, 1965

Evangelioen Caló

POR ROSA ARCINIEGA

HASTA muy avanzado nuestro siglo, para España y para nuestros países de habla castellana, un inglés era sinónimo de un hombre raro, pintoresco, estrambótico. Un hombre al que se le ocurrían - y hacía - cosas extravagantes, sin temor a caer en el redículo. Más aún: sin conocer siquiera el sentido del ridículo. Existen muchas novelas españolas e hispanoamericanas en las cuales se pintan personajes "ingleses" de este modo. Y son incontables las comedias y, principalmente las zarzuelas peninsulares en que se utiliza a ese "inglés extrabagante" con el simple objeto de hacer reir al público. Todo ello, claro está, sin la más mínima intención de herir, o siquiera rozar, el sentimiento nacional británico.

En esa pintura caricaturesca de los ciudadanos de las islas británicas hay, por supuesto, una dosis abundante de fantasía; pero tampoco resulta absolutamente gratuita. En verdad, ha habido muchos ingleses "extravagantes" y de un pintoresquismo de novela o de zarzuela. Uno de ellos fue el otrora famoso Jorge Borrow, autor de un libro sobre España que el mismo Menéndez y Pelayo tildaba de "extravagantísimo". En él pueden leerse las cosas más peregrinas acerca de la tierra de don Quijote, junto con mil dislates y aventuras que en ella le acontecieron al autor. Su título completo es: "The Bible in Spain; or the journeys, adventures and imprisonnements de Englishman, in an attempt to circulate the Scriptures in the Peninsula".

Pero el libro que le dió más fama y que marcó la culminación de sus "rarezas" fue su traducción de "El Evangelio en caló". Esto, por lo insólito, merecería consagrarle un estudio aparte.

Jorge Borrow - en la Península españolizaron en seguida su nombre propio - era un fervoroso protestante que se había trazado el

Jorge Borrow - en la Península españolizaron en seguida su nombre propio - era un fervoroso protestante que se había trzado el proyecto de divulgar en España las Sagradas Escrituras. España era el país de la inquisición por antonomasia y había que traerle al buen camino. Borrow era miembro de diversas Sociedades Bíblicas y éstas aprobaron su designio, entregándole abundante marerial para su distribución y venta.

Ingresó en España a través de Portugal en 1836, y haciendo gala de sus conocimientos del idioma de Cervantes - crédulo, sencillo y candoroso hasta casi rayar en la inocencia -, comenzó por ejercitar su ministerio entre los ingenuos campesinos y pueblerinos que hallaba a su alcance. Todo ello sin ser en aquel entonces estaba autorizada en España la venta de Biblias traducidas.

Lo primero que hizo Jorge Borrow fue comprarse un burrito - sin duda que Jesús había entrado en Jerusalén montado en un ejemplar del tan sufrido y popular animal - y, en Badajoz, se unió a una cuadrilla de giranos, tal vez porque en ello vió la máxima expresión del "color local" de España. En compañía de aquellos gitanos siguió hasta Madrid, y tal traza sedió a estudiarlo por el camino, que aprendió el "caló" para mejor catequizar a los "hijos de la tierra de María Santísima". Es de suponer hasta qué extremo y con cuánta frecuencia darían tales "compadres" fuertes tientos a la faltriquera de Mr. Borrow y cómo la gozarían también con su candor angelical. Ni siquiera parece que se percató el inglés de los bromazos que le gastaron durante tan luengo camino. En Tavalera, por ejemplo, le presentaron a un "compadre" que se hizo pasar por judío con nombre supuesto, haciéndole creer las más disparatadas fantasías acerca de ciertos tesoros ocultos que aquellos tenían en la Península así como no se sabe qué misteriosas reuniones que estaban organizando para dominar a la Iglesia y al Estado. Borrow, empertérrito, estaba a lo que estaba: a difundir el Evangelio y vender Biblias, sin enterarse de pullas y cuchufletas.

Cierto día se le ocurrió una idea "luminosa": traducir el Evangelio al "caló" a fin de que la gitanería la entendiese en su propia expresión idiomática y se acercase así a la buena causa. Nolo pensó dos veces Mr. Borrow. Con aquella inveterada constancia que empeñaba en todos sus actos misioneros puso manos a la obra, y poco tiempo después, el texto evangélico estaba trasegado al "caló" gitano. En 1838 apareció impreso el primer ejemplar, junto con otra versión evangélica al vascuence, que había sido hecha por un médico apellidado Oteiza - ésta, claro es, para catequizar a los hijos de Vasconia.

Si "El Evangelio en caló" contribuyó a atraer a muchos gitanos a las filas de Jorge Borrow es cosa que no puede asegurarse - aunque resultaría muy dudoso -, pero lo que sí consta es que, por lo insólito de aquel hecho, es decir, por su misma "extravagancia biblio- y que, cuando más adelante desapareció de la circulación a causa del embargo que el gobierno hizo de las Biblias "protestantes", aquel librito fue buscadísimo por los bibliófilos y los propios encargados del embargo especularon con él. Vendieron ejemplares a elevadísimos precios, como sucede siempre en esos casos.

Entretanto, Mr. Borrow decidió extender su "popaganda" a las provincias del Norte. Contrató ahora un criado de nacionalidad griega - "porque Borrow tenía siempre la habilidad de tropezar con los aventureros más estrambóticos" - y sustituyendo con él a los gitanos, y siempre a lomos de un rocín, hizo escalas en Salamanca, en Valladolid, Palementos". Llegó hasta el cabo Finisterre; anduvo por Oviedo y Santander, volviendo a recaer en Castilla la Nueva, unido ahora a un tal López, quien parece que, en fanatismo y en bienaventurada sendez, igualaba a su patrón. Hasta que un día, este ayudante de Borrow fue a dar con sus huesos en la cárcel de Fuente la Higuera, acusado de "hereje", sin que tampoco se librase de ella, en Madrid, el propio difusor del Evangelio: Borrow. Y para que no faltase ni te del singular inglés, en la "cárcel de la Villa", que es donde estuvo recluido, Borrow fue compañero de prisión del famosísimo bandolero Luis Candelas, aquel que llenó en su tiempo, con aventuras reales, esa función que hoy ejercen las películas del Oeste yanqui que versan sobre los "malos y los buenos".

Ya he apuntado al comienzo que todos estos y otros avatares los recogió más tarde - de retorno a Inglaterra - Mr. Borrow en su libro "The Bible in Spain"... etcétera. Su labor de misionero en la Península había fracasado, aunque Mr. Borrow quizá ni lo adviertiera. Pero su "siembra" de "Testamentos" fue tan grande y quedaron tan a la mano - no así el agotado "Evangelio de caló" - que algunos curas de Castilla utilizaron ejemplares editados por "el inglés" para explicar el texto a los niños en sus parroquias. .

Buenos Aires.

SALAMANCA. SU GRAVITACION SOBRE BOLIVIA

POR AUGUSTO GUZMAN

EL estudio biográfico escrito por David Alvéstegui sobre la personalidad de Daniel Salamanca, cuyo influjo en la política nacional duró siete lustros hasta su muerte, en 1936, está circulando ahora en su tercero y penúltimo tomo. Con esto, parece acercarse a su término la obra más extensa del género biográfico en nuestro país. Este volumen de Salamanca abarca en detalle los antecedentes de la elección presidencial y la defensa del Chaco. Es acaso el más interesante, desde el punto de vista histórico, por sus aportaciones formales al esclarecimiento de los comienzos de la guerra.

Justamente es con relación a los comienzos de la desdichada campaña que la figura del prócer republicano vino a presentarse, a la opinión pública general, con los caracteres siniestros del causante doctrinal y del culpable político. El país humillado, estrujado en tres años de una aventura loca y criminal, levantó el dedo acusador contra el gobierno y el comando de ese momento trágico, reuniéndolos en una sola condenación de resentimiento. Es como cuando uno ha sido arrojado a cuatro manos hasta un precipicio de muerte. Al salir de lo hondo, magullado y sangrante, no puede menos que aborrecer y maldecir a quienes oficiaban como sus conductores por el camino de la vida.

Las generaciones sobrevivientes del desastre chaqueño poco o ningún caso hicieron del debate entre los personeros del gobierno civil y del comando militar, empeñados en achacarse mutuamente la responsabilidad exclusiva del fracaso nacional. Dentro de ese debate inconcluso, de bastón y sable, de levita y charreteras, se produce el libro de Alvéstegui como alegato de buena prueba por la buena memoria del Presidente Salamanca, ante los tribunales de la historia. Hay que saber, prudentemente, que la historia tiene en plural tribunales y puede administrar la justicia por instancias.

Un cuarto de siglo después que una muerte común, de gobernante infortunado, apagará en magras sienes los laureles luminosos del repúblico, campeón de cien batallas románticas, llega la obra reivindicatoria que sale por los fueros de la verdad oscurecida por el polvo de nuestras derrotas.

Con una documentación copiosa, diplomática, política y militar -en varios casos no usada todavía por la investigación- y un análisis exhasutivo de las circunstancias estimables, desde que la cuestión chaqueña reactivara en este siglo su meleficio histórico, el autor sobrelleva con paciencia, tenacidad y habilidad, la difícil tarea de descorrer el manto de tinieblas que había caído sobre el recuerdo del más grande demócrata liberal que produjo nuestra política provinciana. Por cierto que en este oficio le ayudan mucho los escritos del propio Salamanca. Escritos públicos y privados engalana no sólo este tomo tercero, sino toda la obra de 1.238 páginas, hasta ahora como muestras de estilo superior, uno de los más clásicos de nuestra literatura civil.

Alvéstegui llega a la comprobación histórica de que el Presidente Salamanca profesó efectivamente, como todos los estadistas de la época, la tesis de la ocupación militar del Chaco como el único medio de contener el avance progresivo de la ocupación paraguaya, sobre territorio discutido. Pero entendió, planteó e instruyó el gobierno esa ocupación, por etapas cuidadosas y" por tanto, solamente en lugares no tocados todavía del otro lado. Ese avance se realizaba con miras a alcanzar pacíficamente posiciones adelantadas que pudieran hacerse valer en el pacto de no agresión que se tramitaba en Washington.

La imprudente ocupación de lo que vino a llamarse Laguna Chuquisaca, preparada sin información correcta y suficiente del gobierno, resulta de la responsabilidad del comando que no supo traducir, en órdenes concretas, la verdadera psicología del avance en situación tan delicada. Pero, además, a Salamanca se le impidió la reparación inmediata, o por lo menos todavía oportuna del error de Laguna Chuquisaca, con maniobras de desobediencia que traducen a las claras la intención del comando: imponer patrióticamente la aceptación de un éxito militar, en todo caso pasajero, sin pensar en el fracaso diplomático que rompió los fuegos del adversario, dando comienzo a una de las guerras más absurdas del continente americano.

Los capítulos finales se leen con creciente angustia. En sus páginas se levanta, poco a poco, tras un cúmulo de errores antiguos y modernos, el signo siempre incomprensible de la fatalidad. El capítulo titulado "Patrimonio geográfico nacional" consigna, citando a Dalcence, un dato poco conocido y nada recordado. Las desmembraciones territoriales ya comenzaron para nosotros antes que naciéramos a la vida independiente. La costa de Arica y Tarapacá perteneció a la Real Audiencia de Charcas, hasta su transferencia al Virreinato de La Plata en 1776. Lima, para remediar en parte su disminución colonial, se quedó con esos territorios.

El disciplinado estudio de Alvéstegui no sólo es un homenaje valiente y sincero al eminente ciudadano que fuera su jefe en las filas republicanas, sino también una notable contribución al mejor conocimiento de las causas que motivaron la guerra del Chaco. La conducción de la guerra de tres años infelices, hasta el derrocamiento y la muerte, será naturalmente el tema del último tomo, todavía en preparación.

La personalidad polifacética del tribuno Salamanca, cuyo largo dominio en el escenario político no fue de fuerza, de aventura ni de astucia, cual ocurre en la mayoría de los casos, sino de prestigios y virtudes morales e intelectuales, no está agotada con la biografía fundamental que comentamos. Como toda figura ejemplar, es posible que continúe dando motivo a nuevas interpretaciones literarias, históricas o ideológicas.

LA POESIA DE EDMUNDO CAMARGO FERREIRA

POR JUAN JOSE COY

DOS aspectos fundamentales de la poesía de Camargo Ferreira saltan inmediatamente a la vista de su lector. "Del tiempo de la muerte" los resume de modo perfecto. El primero de estos aspectos hace referencia a su tomática; el segundo a ciertas influencias formales de indudable importancia.

Decía Charles Moeller hablando de las características de una serie de autores que "algunos seres experimentan su vida como una realidad inagotable mientras que otros la viven, hasta la angustia y el vértigo, como una sombrea sin sustancia. Para unos es sol y carne, para los otros es sueño. Claudel, cantor del inmenso acorde de la Creación, se alza de un lado. Calderón, poeta de la vida es sueño, de otro. Para unos la solidez del sentido se impone como un punto de partida mientras que, para otros, esta solidez es la tierra prometida que hay que alcanzar."

En el primer grupo, tras Paul Claudel, citemos a charles du Bos, a Henry Alain Fournier, a Gilbert chesterton, a Rafael Sánchez Mazas, o a Boris Pasternak. En el segundo grupo, con Pascal, Albert Camus, Graham Greene, Francois Mauriac, Edward Albee. Y también, con otro estilo y otros temas desde luego, a Edmundo Ca0argo Ferreira. Enfrentado con lo temporal, su poesía es un doloroso caminar en busca de eternidad. Le aquejó el mismo mal agudamente tuvo siempre Miguel de Unamuno, fin de cuentas, el escalofrío que a todos nos alguna que otra vez. Y después, ¿qué? Porque respuesta depende, naturalmente, la vida, existencia toda. Según lo que se piense y se ese "qué" trascendental, así se orientarán actos u toda nuestra línea de conducta. Es efecto, la primera pregunta que Camargo F trata de contestar. Después, ¿qué? El tiempo muerte fue para Camargo Ferreira el tiempo vida toda. Lo debe ser para todos porque que creamos de la muerte, una u otra cosa mos de la vida.

El segundo punto importante que se presta mentario hace referencia, como hemos dicho ciertos aspectos formales de extraordinario que siempre conviene tener en cuenta. La in en Camargo Ferreira de César Vallejo, y namente del chileno Pablo Neruda, es algo por más que el prologuista de "Del tiempo muerte" lo niegue hasta cierto punto. Vallejo, poeta peruano que "murió en París con agua tiene un tono, una temática y un estremec telúrico -no en vano es escritor sudamericano lo emparentan de cerca con Edmundo Camargo rreira. Y junto a estas características, un de toques surrealistas constantes que convie poesía en algo nítido y oscuro, lógico e incoh con sentido claro en ocasiones e incompren otras. Edmundo Camargo Ferreira, con buena duría poética, encuentra con facilidad y acie más expresiva forma técnica para su concre logía fundamental. No en vano laguien ha def surrealismo como "la eclosión del contenido impulso formante". Es decir, que en este ism que nunca, el fondo determina la forma. De do con esta opinión, Ortega y Gasset decía a Flaubert, que la forma sale del fondo como lor del fuego. Y para ilustrar semejante in fundamental, bástenos citar, en movimientos lelos a la literatura, -a esta literatura de Camargo Ferreira- el parque Güell de Gaudí, gicismo pictórico de Paul Klee, el "Manifie Surl" de André Breton, los "Calligramas" llinaire, la pintura metafísica de Chirico, neral los postulados de Dalí, Marcel Duchamp, Ernst.

La forma expresiva de Camargo Ferreira ponde, pues, a un movimiento artístico que ció como tal en 1924 y todavía no acaba. El miento surrealista, susceptible de ser analiz literatura, pintura, escultura o música. "Del po de la muerte" de Edmundo Camargo Ferr obra surrealista que se encara con el des hombre. Nada menos.

CUENTO

IRENE

POR RAUL BOTELHO GOSALVEZ

HACE tiempo, "cuando aún era terra incógnita la pena", como dijera el poeta, era yo un adolescente con más Catecismo que novelas en la cabeza, pues andaba ya preocupado en ganarme el cielo aún antes de haber conquistado la tierra. En ese entonces mi difunta abuela, hija de un Capitán que cayó herido cuando integraba el Estado Mayor de Campero en la guerra del Pacífico, poseía un terreno en las goteras de la ciudad, resto de dilatadas, dilapidades y antiguas tierras de su vieja dinastía feudal de pura cepa castellana venida a la Real Audiencia de Charcas; en dicho descampado alzó su carpa un circo pobretón y muy zurcido cuyo propietario era un chileno que apellidaba no sé si Contreras, Urrutia o Godoy, muy locuaz y tratamundo, mezcla de pícaro español y buscavida moderno.

Casi toda la "troupe" estaba formada por la familia del propietario: la ilusionista, la "écuyere", el domador de una retozona camada de "quiltros" -bastante mataperro el pobre por su amor al vino-, el payaso y el declamador, este último era yerno suyo, usaba unos "smokings" inverosímiles, se depilaba las cejas y solía cerrar las funciones con la "Marcha Triunfal" de Rubén Darío, entre "claros clarines" de aplausos del público y un vistoso tremolar de banderas que la ilusionista dejaba a propósito, tras de terminar su número.

Lo que más me atraía del circo era la "écuyere", que también cantaba tonadas chilenas con dulce voz de contralto. Era pequeña, delgadita, lánguida. Sus ojos negros y pestañudos triunfaban en un rostro maravillosamente pálido que se sonrosaba al acabar su equitación sobre el viejo zaino, del que después me hice amigo sobornándolo con terrones de azúcar y suculentas zanahorias, como para agradecerle que fuese blando de grupas y de genio para llevar la ya para mí preciosa y frágil carga.

Todas las tardes iba a las funciones del circo, y como nieto de la propietaria del terreno donde se levantaba la humilde trashumante carpa, entraba gratis. Es así cómo, sin saberlo, fue naciendo en mí un romántico, absurdo y triste amor infantil que me iba "enloqueciendo" como al personaje de Eduardo Barrios.

La "écuyere" se llamaba Irene, bien lo recuerdo... "Petite Irene y su caballo Yungay", decían los programas. Equitaba vestida con una ceñida malla verde, sembrada de lentejuelas, y una diadema de plumas de garza; también tenía una malla roja, tornasol, pero la usaba poco, de preferencia en las funciones nocturnas, porque tenía remiendos.. En fin, era una figurita escapada de Degas y Toulousse -Lautrec, pero con acento chileno y no de Saint-German des Pres.

Pues bien; como presente de admiración decidí obsequiar a Irene un anillo, mas como carecía de dinero para comprarlo -isancta simplicitas de la niñez!-, resolví sacar del cofre de alhajas de mi madre una marquesa de esmeraldas. Total, m dre tenía tántas joyas que un anillo más o men le importaría.

Después de una función fui al camarín de I y con algún tartamudo y ruboroso preámbulo, q recuerdo, le di la joya. Irene tenía, como yo, n años, y aceptó la joya con gentil coquetería, h me estampó un beso en la mejilla. Yo estaba sin sospechar que tras de bastidores, como en su floresta, el padre de mi amada había co plado la escena.

Lo demás fue bastante absurdo. Mi madre a cubrir la sustracción de la joya amenazó co nunciar a la mucama a la policía, sospechan ella pudiera ser la ladrona, pero como ante derivaciones confesé haber sido el autor las cosas quedaron en claro.

Jamás pasé humillación mayor: Fuimos con mi madre, hubo un careo con el padre quien no tuvo más remedio que devolver e haciendo protestas poco convincentes de hon Irene, más pálida que nunca y con los ojos br tes de lágrimas, miraba apenada. Mi madre gesto de gran señora, comprendió bien hasta me llegaba al alma aquel fracaso, llamémosle g y sin decirme nada esa tarde compró un anil oro donde iba engarzado un pequeño rubí, cabal los largos dedos atrigados de Irene.

Cuando estábamos sentados a la mesa y term bamos de cenar, ante mi padre que ignoraba la historia, mi madre me dijo:

— Ya que andas enamorado de esa artista de c -aquí mi padre abrió tamaños ojos-, te he comp un regalo para ella. Pero en lo sucesivo te r que jamás toques mis alhajas para tus conquis ¿Has entendido?

Hubo risa general de la que participó hasta l y circunspecta criada india, y la analfabeta hermana menor, que aún no había abandonado dador, también rio sin entender. En los ojos fundos de mi padre advertí, y eso lo digo ahora han pasado tántos años, una sombra de complac envidia. Yo estaba contento y agradecido.

Excusado es decir que al día siguiente, de ir al colegio para iniciar la jornada con m ción de Padrenuestros y Avemarías, me fui pensión donde vivía la "troupe" circense y e gué a Irene el regalo. Otro beso en la mejilla fuerte aprensar de mi mano entre las suyas, fue todo.

Tres días después el circo se fue y nunca supe de la "Petite Irene"... "Never more", c dijo el cuervo, pero aún Irene, la "écuyere" lena, vive fresca, ágil, niña, en mi otoño tan ca do de melancólica primavera.

SANTA CRUZ LA VIEJA

POR ALFREDO FLORES

Al pie de la sierra de San José, descansan las ruinas de la que fue muy noble y valiente ciudad de Santa Cruz de la Sierra. Cubierta por la yerba y por el monte, yace la villa de los seis lustros que regara con su sangre las tierras chiquitanas, en cien combates cruentos contra el chiriguano indomable.

Llegamos allí al atardecer. Una brisa tibia se colaba por entre la arboleda y sacudía, débilmente, los arbustos de fofollaje ralo. Era como un ténue susurro que no alcanzaba a turbar el hondo silencio, silencio de muerte, que flotaba sobre los restos inertes de la ciudad hidalga. Penetrábamos apartando ramas y quebrando malezas. La luz palidecía al filtrarse entre las hojas y tomaba tintes verduzcos Era un resplandor extraño que imprimía solemnidad al paisaje. Una solemnidad de templo que inducía al recogimiento; un mágico recogimiento; que impregnaba la atmósfera y lo envolvía todo, el aire, los árboles, convirtiendo la totalidad del paisaje en algo indivisible, único, yerto...

Las sombras se tornaban hoscas. Avanzamos algunos pasos. Allí estaban cubiertos por la yerba, los montones de escombros que hace siglos fueron casas; allí las hileras largas que, en lejano tiempo, fueran callejas tortuosas. Aquel montón mas grande, fue quizás casa principal; vivió seguramente allí un gran señor poderoso y egoísta; o un oficial pretencioso y arrogante; o un funcionario pulcro y acecalado; o bien moró bajo su techo, alguna bella andaluza, pálida y soñadora que, en las noches de luna, junto a la reja de su ventana, asomaba su rostro de sol para escuchar las cuitas de algún caballero enamorado y tendía su mano blanca, larga y suave, para darla a besar con majestad de reina, al galán apasionado. Y aquellas estrechas, culebreantes, ya casi borrosas, quizás también callejas sombrías donde los abuelos de nuestra raza, incursionaban en las noches oscuras en pos de las criollas sensuales, de cuerpos morenos y de mirada ardiente. Sin duda, aquel ancho espacio cuadrangular fue la plazoleta verde, donde en las tardes chiquitanas, calurosas y tranquilas, después de la merienda, paseaba el gobernador don Diego de Mendoza, tramando intrigas con los Salazares; los funcionarios de la Real Casa satisfechos y retozones; los oficiales traspirantes cubiertos de entorchados. Todos ellos muy nobles, muy hidalgos, listos a la pendencia, ocu-
ellos muy nobles, muy hidalgos, listos a la pendencia, ocu-
pados en mestizar, en comer bien, en beber mejor, y en dormir más. Aquel túmulo de base ancha, casi solitario, sobre un gran solar, debió ser el templo; un templo grave, austero y silencioso, donde nuestros buenos abuelos acudían con humildad culpable para disculpar, ante la severidad de Dios, contrictos, la plácida holganza de sus vidas sensuales. Aquel templo donde se ventilaron cuestiones de preminencia y donde, al decir de las crónicas, la esposa del altivo Mendoza, trabó gran disputa con la del no menos caballeresco Zurita, por un sitio más cerca del altar mayor, dividiendo al pueblo en bandos encarnizados que mantuvieron la discordia por mucho tiempo.

Todos y cada uno de aquellos túmulos verdes; todas y cada una de aquellas borrosas hileras cubiertas de maleza, tenían para nosotros un mágico poder evocativo. Flotaba allí un hálito inquietante. Afirmaríamos que, sobre los verdosos montones sombríos y a lo largo de las ringleras que otrora fueran callejas tortuosas erraba aun, como alma en pena, el espíritu de los bizarros chapetones arrastrando presuntuosos sus tizonas y que bajo el manto glauco de la maleza espesa, palpitara todavía el alma caballerosa de la ciudad hidalga, dormitando serena, en el profundo silencio que hoy reina en torno a lo que ayer fue almácigo de una raza.

EL LIBRO POSTUMO DE ALFARO

POR CARLOS CASTAÑON BARRIENTOS

Poco antes de su muerte Oscar Alfaro ganó el Premio Nacional de Cuento 1963 con un racimo de veintisiete narraciones breves, reunidas en el volumen titulado CUENTOS CHAPACOS. Tanto se apresuró la Parca en apagar la vida de Alfaro, que no le dio tiempo ni siquiera para ver concluída la edición de este pequeño y atrayente libro.

CUENTOS CHAPACOS es una obra con el más puro acento regional. Sus relatos, en conjunto, dibujan un cuadro viviente del carácter "chapaco", enraizado en las vegas tarijeñas y ameno creador de coplas y "contrapunteos".

Ingenioso y risueño por lo general, el "chapaco" acostumbra enamorar a las mozas de su tierra, llenas de vida y natural vivacidad, con c 'as parecidas a la siguiente:

Vení vidita y cantemos,
Vení sentate a mi lau,
Haceme feliz un rato,
Ya que soy tan desgraciau.

Las "chapacas" responden con soltura, también en coplas, demostrando sorprendente agilidad mental:

Las "chapacas" responden con soltura también en coplas, demostrando sorprendentemente agilidad mental:

Si quieres que yo te quiera
Sajumate con romero,
Pa que se te quite el tufo
De quien te quiso primero.

A menudo los admiradores de la misma moza se disputan públicamente las preferencias de ésta haciendo gala de sus mejores habilidades para la copla. Cuando la "chapaca" no expresa su predilección por uno de sus pretendientes, suele rechazar el amor de ambos diciendo, por ejemplo:

Me gusta prender el fuego,
Retirarme a verlo arder,
Me gusta el amor en otros,
Que en mí no lo puedo ver...

Los CUENTOS CHAPACOS de Alfaro muestran otras facetas más de la personalidad del campesino tarijeño, como ser su alma sufrida ante despóticos patrones, su callada tristeza, y la energía y fortaleza que suele oponer a la desgracia. Que tremendas rivalidades las de los "chapacos"; que venganzas; qué amor por los suyos; cuán duros castigos para la mujer infiel.

El dominio del diálogo ha permitido a Alfaro disminuir la extensión de los cuentos y proporcionar a los relatos gran soltura y agilidad. El uso apropiado del lenguaje popular "chapaco" muestra, quizá sin propósito deliberado del autor, sorprendentes facetas del alma andaluza trasplantada por Luis de Fuentes a los plácidos valles de Tarija, donde una fiesta religiosa, una apuesta, un desafío, una autoridad analfabeta, un cura de pueblo, un torpe bebedor que quiere imponer un matrimonio de conveniencia a su hija, o un soldado de endiablada puntería, son hechos y personajes con características totalmente distintas de las de sucesos e individuos de otras latitudes.

Es que, tal cual se advierte en los cuentos de Alfaro, hasta los "chapacos" más vulgares tienen ocurrencias sorprendentes y picardías que uno no puede adivinar fácilmente.

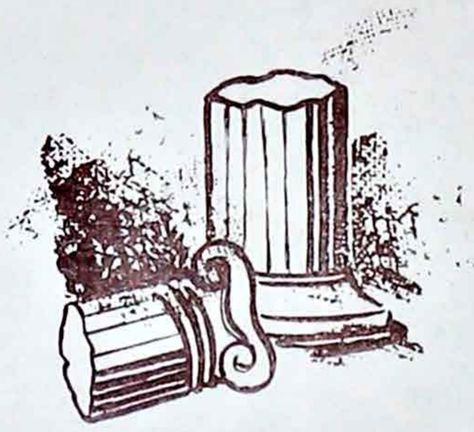
En estas narraciones breves el lector siente la vega tarijeña, pero no la ve, porque no existe descripción de paisajes. En forma escueta pero sin debilidades, el cuento se ocupa de la acción misma de los personajes, es decir de sus rasgos psicológicos realmente originales y típicos dentro de la nacionalidad boliviana.

Integrado el "chapaco" al camba de los llanos y selvas, y el indio del altiplano y los valles quechuas, conforma, conjuntamente con un reducido aporte blanco, el variado mosaico de la población boliviana.

De ahí que los CUENTOS CHAPACOS de Alfaro y los trabajos de Octavio Campero Echazú (poesía), Víctor Varas Reyes (folklore), Alberto Rodó Pantoja (poesía y cuento) y Luis Azurduy (cuento), constituyan dentro de la literatura nacional un aporte equivalente a las narraciones aimaras de Alcides Arguedas, los relatos más o menos chaqueños de Adolfo Costa du Rels, las historias quechuas de Jesús Lara y los cuentos de la selva boliviana de Porfirio Díaz Machicao y otros autores, que completan casi todos los rasgos de la fisonomía nacional. Esta variedad de tipos y paisajes, tarde o temprano, conferirá al cuento de nuestra patria una mayoría de edad que todavía no ha alcanzado a pesar de sus esfuerzos.

En los CUENTOS CHAPACOS que comentamos, Alfaro obtuvo una evidente madurez como narrador de historias breves. Acaso porque estaban destinados a la niñez, sus cuentos infantiles no poseyeron el vigor y la vitalidad que a modo de armazón sostienen la estructura de estos CUENTOS CHAPACOS.

Nunca hubiéramos imaginado que Su Majestad la Muerte estaba aguardando a que Alfaro termine de escribir su primera obra de cuentista logrado, para empujarlo sin tardanza al mundo del más allá.



EL POETA

De la entraña más honda de la tierra,
nació este ser, salvado del diluvio;
tierno como una madre,
o inerte como un bloque de piedra en el camino.
Criatura sin arraigo,
como la orquídea en los leñosos bosques;
-pólipo milagroso de fiebres vegetales-.
Eterno adolescente,
ignorante, elemental y hermoso,
se devora a sí mismo,
con sus propios licores de atroz melancolía.
Al mirar la blancura de sus manos,
ciegos como nonatos de inocencia,
se creyeran dos remos de alabastro
para cruzar lejanos piélagos abismales,
o bien zarpas y garras
de harpías desveladas por el odio,
para herirse a sí mismo.
Seguido por la fauna atormentada
de sus propios deseos, va cruzando,
envuelto en mariposas
que brotan de sus ojos.
Príncipe de los gozos y rey de la desdicha,
arrastra su gran manto,
por desiertos de hielo y de silencio.
En su pequeño corazón de hombre,
alberga ocultas e inauditas alegrías
y todos los dolores que agusanan al mundo;
júbilos y pesares caudalosos
para tan pobre y exiguo recipiente.
Breve es la vida del poeta como es breve
su cántico profundo,
pero su canto brota de sus humanos labios,
fuera del bien y el mal,
con la pura inocencia del nardo y la serpiente.
Seráfico, melódico, sonámbulo
u oscurecida imagen de un dios rudimentario
vaga por este mundo, inadvertido,
coronado de estrellas y de agravios,
su estirpe señalada,
su linaje de ave,
su presencia invisible que enceguese y perturba
le empujan hacia el centro
de todas las injurias
y él está entre los hombres sin haberlo pedido.
Tocos van a su vera y nadie le conoce,
nadie le ha visto nunca,
y hasta su propia madre,
al verle así sin rostro,
apenas, en sus ojos, es una inútil lágrima.

GUILLERMO VISCARRA FABRE

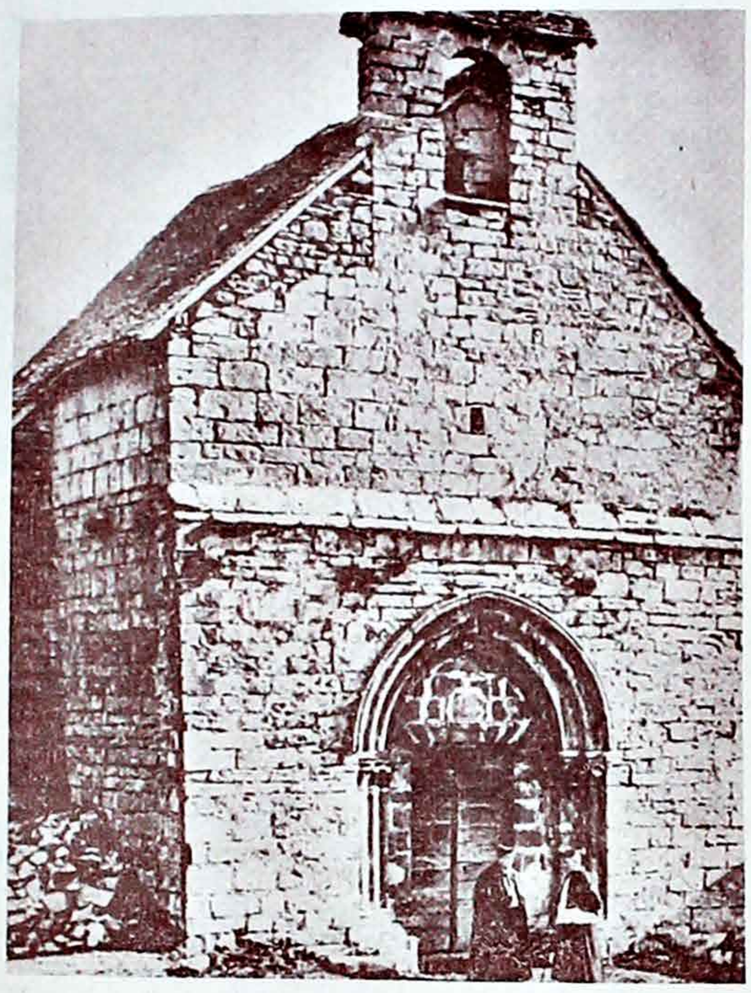
EL CAMINO DE SANTIAGO: 700 KILOMETROS DE HISTORIA Y TRADICION

DOCUMENTO DIGITALIZADO GAMLP

CANCIONES de una sencillez palmaria, de honda y brava espiritualidad, acompañaban a los peregrinos medievales que llegaban al "Camino de Santiago" desde los cuatro rincones de Europa para cumplir promesa a los pies del Apóstol o para recibir fuerza en su fe. Canciones que hoy, al cobrar nueva actualidad histórica la ruta jacobea, vienen a los labios del cristiano mezcladas de anécdotas y leyendas, de polvo y de sudor, amasados en trochas y senderos, de bellas estampas de arte y modélicos actos de espiritualidad.

A Santiago de Compostela llega hoy el viajero atravesando el mismo largo camino que, según cuenta la tradición, fué trazado por el Hijo del Trueno para indicar al gran ba con los sarracenos. Pero a Santiago se arriba, como barco a buen puerto, después de pasear el corazón y la mirada por pueblos y paisajes que jamás se olvidan, extendidos a lo largo de más de 700 kilómetros, desde las umbrías de Roncesvalles, en el Pirineo francés, hasta las gozosas piedras del "Campo de la Estrella", como siglos atrás llamaban los peregrinos a la Ciudad del Apóstol.

Ahora, merced a un acertado impulso, el camino vuelve a estar en el sentir religioso de las gentes. Otra vez mesones y hospederías abriran sus puertas para dar lecho y pan al caminante hasta el sepulcro de Santiago. La peregrinación, si bien nunca murió, revive con renovado ímpetu. Y la historia, aquella historia de tintas recias como los hombres de entonces, se hace nuevo sitio y airea a la lumbre de cálidas hogueras mil anécdotas de cuando el infiel posaba suelo español y los cristianos levantaban su cruz y su espada para la defensa de la fe.



Ermita de Roncesvalles, en la frontera hispanofrancesa, donde se iniciaba el camino de Santiago.

EL ROMANTICO ENTRO POR EL PIRINEO

Fué entre los años 812 y 814 cuando el sepulcro del Apóstol apareció para convertirse enseguida en meta de peregrinaciones. "Sabed, guías dilectos de la cristiandad -proclama al orbe León III- que el cuerpo de Santiago Zebedeo, hermano de Juan, fué trasladado al "Campo de la Estrella". La voz de Roma es escuchada por el mundo cristiano. Gentes de toda España, hombres de apartados lugares del mundo, toman la ruta obligada, "El camino Francés" lo denominan también, y se lanzan bajo el viento y el sol hacia Compostela cubiertos con sus capas, dejada crecer la barba, al costado la calabaza y como brújula la concha, con la esperanza de alcanzar la meta "donde el apenado encuentra dicha, ve el ciego, anda el cojo y se serena el poseso".

La peregrinación alcanza su época cumbre en el siglo XII. Penitentes y cumplidores de promesa llenan los caminos. Y al compás de aquella singladura espiritual va creciendo en suelo español el gérmen de lejanas culturas. El peregrino no viene solo. Le acompañan artífices, poetas, pintores y arquitectos. A su paso nkce el romántico en pueblos y villas. De Roncesavalles a Santiago se levantan en poco tiempo iglesias típicas que aun permanecen: un tímpano sobre el dintel y éste apoyado sobre dos cabezas de animales constituyen como la rúbrica de una época. Así muy pronto, hasta el más insignificante poblado de la ruta jacobea muestra un bello edificio del "arte de la unidad". Hoy, todavía es posible contemplar en el mismo Roncesvalles un templo del siglo XII, primer monumento de aquel estilo, muy cerca del cual se halla el hospital de peregrinos, concebido y levantado para alivio de los caminantes.

POR TIERRAS DE HERMOSAS TRADICIONES

Del Pirineo a la verde Galicia el Camino por Estella, donde la esposa de Sancho el Mayor mandó construir el Puente de la Reina, y la épica francesa levantó canciones. Más allá, Los Arcos y Sangüesa, con sus preciadas muestras de un romántico eterno.

Por la Rioja, dos santos -Domingo de la Calzada y Domingo de Silos- dedican buena parte de sus horas a facilitar el paso a los peregrinos. Se recuerdan estas cosas al atravesar Logroño, Villarroya, Nájera, Santo Domingo de la Calzada, Redecilla del Camino, Belarado, Villafranca y Atapuerca. Es tierra de hermosas tradiciones esta tierra de la antigua Navarra. Así, la que narra el milagro del peregrino falsamente acusado robo. Su inocencia se probó por el cacareo de una gallina asada. Cuando acudieron a quitar la soga al inculpado, vieron con sorpresa que aún vivía. Un gallo y una gallina vivos se tienen siempre en un nicho de piedra de la catedral, en memoria de aquel hecho milagroso.

Luego, Burgos; remanso del espíritu y de la historia castellanos. Todavía existe hoy el hospital que Alfonso VII levantara. Burgos "Cabeza de Castilla", donde el cristiano es acogido a la hospitalidad de los monjes antes de proseguir camino. Y después, hasta Leon, Tardajos, Hornillos del Camino, Castrojeriz, Iteras del Castillo, Frómista (aquí, el cuerpo y el espíritu, de común acuerdo, hacen un alto para contemplar la belleza de la Iglesia de San Martín, del siglo XI, una de las más antiguas de España, de la que se ha dicho: "es como una resurrección"). Poco más adelante, Carrión de los Condes -tierras de Palencia ya- invitación al disfrute de dos nuevas joyas arquitectónicas: las iglesias de Santiago y Santa María. Y una vez en tierras leonesas, Sahagún y Manupila de Mulas, hasta la capital, donde el peregrino esponja sus sentidos cuando se encuentra fcente al ábside de San Isidoro con el que rivalizan el pórtico, el panteón de los reyes (levantado en el siglo XI) y las pinturas románticas de la centuria siguiente. La ciudad conserva ahora el espíritu de tiempos pasados. Ayuda a ello decididamente la presencia estremecedora de la catedral, la más pura representación del gótico español. Testimonio del pasado es, asimismo, el antiguo palacio del Priorato de San Marcos, donde tuvo su sede la Orden Militar de Caballería de Santiago.

La ruta jacobea salta finalmente a Galicia por pueste Orbigo y Astorga. Aquí pervive entre costumbres transmitidas de generación en generación, una minoría racial de probable origen visigodo cuyas características se apartan de lo común. El aire de Galicia es, a partir de ahora, como huracán que impulsa hacia la inmortal Compostela. El peregrino siente el latir de la sangre renovada en sus venas. Pero aún debe dejar atrás Rebanal del Camino. Ponferrada, Cacabelos, Villafranca, Barnadelo, Puerto Marín (que ha pagado el tributo a la técnica, desapareciendo bajo las aguas de una presa colosal). Lugo, Piedrafita (donde el bordón se clava en la tierra pidiendo una hora para admirar el antiquísimo Monasterio de Santa María la Real), hasta que con las últimas luces del día se aborda, más deprisa aún, el trecho que dista del sepulcro del hijo de Zebedeo: Palas de Rey, Laboreiro, Boente, Vilanova, Ferreiros... y al fin Compostela.

EL CODIGO CALIXTINO, PRIMER LIBRO DE TURISMO

La caravana ha avistado la ciudad. "Coros de peregrinos, agrupados por nacionalidades, entonan cánticos al son de los tímpanos, las flautas, las violas y las chirimías.

Unos lloran sus pecados, otros leen salmos, otros dan limonsnas a los enfermos. Reina un movimiento insus dones". La estampa llega a nosotros fresca, colorista y sonora todavía. El caminante, al entrar en Santiago, se ha topado con La cruz "dos fadrapos", se ha despojado enmarañados por las muchas noches de Vigilia. Hay en las estrechas calles de Compostela incluso noruegos, ambiciosos descubridores de "Jacobosland", que unen su fe en diversidad de idioma. El Códice Calixtino ha sabido recoger con tal precisión el momento cumbre de la llegada que, no obstante los ocho siglos intermedios, permanece en toda su intensidad emocional. El Códice es el primer libro de turismo del mundo, escrito en el siglo XII para guía de los peregrinos y aviso de los confiados. Obra a la vez ingenua y entrañable, sentencia como único castigo válido para quienes engañan, abusan o roban a los caminantes durante su hospedaje: "Vosotros podaseros.... lireis al infierno!"

Nuestro caminar llega a su fin. Una vez en Santiago, ¡que decir que no resulte pequeño y pálido junto a la grandeza y el brillo de la piedra de la fe!. Compostela es una definición precisa del arte romántico. La catedral-basílica, un canto del hombre a Dios, esculpido palmo a palmo bajo un cielo siempre lluvioso. El Pórtico de la Gloria, una oración en la que es fácil escuchar todavía el suave golpear del cincel de Mateo. El antiguo Hospital de Peregrinos -hoy "Hostal de los Reyes Católicos"-, un remanso de paz de arquitectura serena, donde el cansancio de la peregrinación e inquietud de la noche ceden, poco a poco, a un sueño arrullado por la Gracia.

En verdad, no ha sido baldío el esfuerzo del pergrino, a través de la ruta jacobea. Mañana, ya el cuerpo dispuesto, los ojos se levantan apenados para decir adiós. Tal vez dentro de un año, por los mismos caminos y troches, junto a idénticos penitentes y vagabundos, bajo la sombra de iguales templos con mirada puesta hacia el campo de estrella.

La Catedral de Santiago de Compostela, donde se venera el cuerpo del Apóstol, punto final de las peregrinaciones jacobeas de la Edad Media.

Lejos de la Patria

Los rayos tocan tambores en la súbita noche,
Preludio de una tormenta creciente, mientras
La mirada del alma bate alas pestañas
Alrededor de la llama de un recuerdo.

Un destello despierta la pieza luego,
Los ojos saltan al rincón olvidado
Donde con roja mueca cerámica y tensa
Se esconde la sombra de un ekeko.

Tambalea en medio de la tempestad, cargado de
Monedas de oro, coca verde y guitarra, mas
Sus pupilas taladran el acero del mañana
Y apuntan hacia lejanía irisada.

Bernard Mirel

Iglesia de Santa María del Castillo, en la llamada Peña del Castillo, en la ciudad de Estella, en Navarra, donde se bisfurcaba el camino de Santiago.

"EL VICARIO" DRAMA...

(Viene de la Pág. 1)

hebreas. El doctor Dibelius, obispo evangélico de Berlín, echa la culpa del feroz exterminio sobre todo el pueblo alemán y estima que Pío XII obró con madura deliberación al favorecer en particular a cuantos hebreos recurrían a su protección sin lanzarse a protestas que hubieran recrudecido las violentas represiones. El presidente de las asociaciones hebreas de caridad de Baltimore ha recordado que él mismo llevó un mensaje de Herzog, el gran rabino de Jerusalén, a Pío XII con su testimonio de gratitud por cuanto había hecho en favor de los judíos durante la guerra. Y los esposos Wolfsson, judíos de Berlín, atendidos en Roma con cristiana caridad y trasladados a España por personal intervención de Pío XII, han declarado recientemente: "Ninguno de nosotros deseaba que el Papa hablase abiertamente. La Gestapo se hubiera irritado y hubiera intensificado sus requisas. Pensábamos entonces que era mejor que el Papa callara y hoy seguimos teniendo la misma convicción".

Hacia el fin del drama Hochhut hace leer un informe secreto del diplomático alemán Weiszaker que se gloría de haber obtenido que el Papa guardara silencio sobre ciertas deportaciones de judíos que ocurrieron en octubre de 1943. Pero Alberto Von Kessel, miembro de la Embajada alemana ante la Santa Sede en aquellos días trágicos, acaba de puntualizar que el embajador había enviado ese informe a Berlín para detener posibles violencias contra el Vaticano que hubieran ocasionado, de parte del mundo entero, las más graves consecuencias contra la misma Alemania. No basta con citar documentos. Hay que saberlos leer e interpretar. Hay un episodio de Pío XII que nos explica su actitud. El había sido secretario de Pío XI y él conocía, por una experiencia de nueve años, que los documentos de Su Santidad acerca del fascismo y del nazismo provocaban una serie de represalias contraproducentes de parte de Mussolini o de Hitler. Por eso, en audiencia concedida a los Padres Jesuítas, redactores de Civiltá Cattolica, les decía algunas semanas después de su elevación al pontificado: "La experiencia de nueve años enseña que con los regímenes totalitarios el sistema de crítica pública en vez de ayudar, perjudica." Y les aconsejaba evitar polémicas; exponer los hechos sin comentarlos y mantenerse en la serenidad de los altos principios sin recurrir a los flechazos.

Hay un hecho histórico que da la razón a esta actitud prudente de Pío XII. El 30 de abril de 1943 el Papa envió una carta de aprobación a monseñor Von Preissing por la denuncia que él valientemente había levantado contra las atrocidades antisemitas. La publicación de esta carta desató como respuesta el exterminio de los judíos, aún los convertidos al catolicismo, residentes en Holanda.

Para obrar como obraba, Pío XII tuvo altísimas razones. Se sabe que un día reunió a los cardenales para inquirir su parecer sobre la actitud que debía tomarse en este conflicto. La mayoría optó por la conducta que se estaba siguiendo: hacer todo lo posible por los judíos, favorecerlos con pasaportes, alimentos, vestidos, protección. Pero hubo algún cardenal que prefería un grito de protesta y de condenación que recordase la actitud de Gregorio VII frente a Enrique IV de Alemania. Ello hubiera constituido un gesto memorable, un episodio más para las páginas de la historia; pero hubiera ocasionado el castigo, los dolores, las humillaciones y la muerte para millares de inocentes criaturas víctimas de pertenecer a una raza. Ante todo, decía el Papa, hay que salvar las vidas.

Esa, exactamente, fue la actitud que adoptó la cruz roja de Ginebra. -Tenemos que callar -decía- frente a tanto horror, para no ser expulsados de Alemania, y vernos así imposibilitados de ejercer la caridad.

Para defender la inmaculada memoria de Pío XII se ha levantado una voz poderosa, la del Cardenal Montini, días antes de su elevación al pontificado en carta al director de The Tablet; la del Papa Montini en el momento histórico de su despedida a Israel, cuando la reciente visita a Tierra Santa. Con firmeza, con serenidad, el Cardenal Montini calificaba el drama de seudo-realidad representativa, de artificiosa manipulación de hechos, de interpretación preconcebida. La figura de Pío XII, como la pinta Hochhut, es falsa. Nunca fue tímido, ni por temperamento ni por la conciencia de su misión; nunca fue insensible y aislado ni se dejó guiar por cálculos oportunistas de política temporal. Sería calumnia atribuir a él y a su pontificado cualquier asomo de utilidad económica. El joven comediógrafo -dice Montini- inventa gratuitas e hipotéticas condiciones para una actitud de protesta que además de inútil hubiera sido perjudicial.

En Israel, delante del presidente Shazar, que por cierto había prohibido representar el drama de Hochhut, Pablo VI dijo: "Nos complacemos en tener la ocasión de disipar un malentendido, habiendo conocido de cerca a este hombre venerable y su delicadeza de corazón, que fue apreciada por todos los que después de la guerra vinieron a darle las gracias por haberles salvado la vida."

En definitiva: Hochhut ha condenado el silencio de Pío XII. Pero si Pío XII hubiera hablado, entonces Hochhut hubiera escrito un drama para condenar el gesto irresponsable o la crueldad maquiavélica del Vicario. Lo que importa es cobrar fama, ganar dinero y descargar "su" Alemania de un aplastante peso de ignominia a costa de una gran víctima inocente.